



Pedro Mallo (1837-1899)

EL RESCATE Y LA MEMORIA

Pedro Mallo: Primeras aproximaciones rioplatenses a la Historia de la Locura

Norberto Aldo Conti

<https://doi.org/10.53680/vertex.v33i158.322>



Pedro Mallo nació en Buenos Aires el 11 de agosto de 1837, ingresó a la Facultad de Medicina en 1858 y se graduó en 1864 con una tesis de doctorado titulada “Algo sobre la enajenación mental”. Siendo aún estudiante de medicina participó en la organización y gestión del “Hospital de sangre de Retiro” durante la Batalla de Pavón ocurrida el 17 de septiembre de 1861 entre las tropas de la Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires. En 1864, año de su graduación, presenta su tesis con fecha 24 de marzo y junto con su compañero Ángel Gallardo (1839-1867) funda la *Revista Médico-Quirúrgica*, cuyo primer número sale el 8 de abril y se publica en forma quincenal, en la imprenta de Pedro Coni, hasta 1888. En 1865 ingresa, como médico, a la Sanidad Naval, en momentos en que el Poder Ejecutivo Nacional promulga el decreto de “Organización del Cuerpo Médico para la guerra con el Paraguay”, iniciada poco después y que se continuaría hasta marzo de 1870. Pedro Mallo fue un médico militar de renombre, permaneció en la Armada durante más de treinta años, fue el creador de la camilla de campaña y de la primera mochila botiquín, escribió sobre sanidad en combate, higiene en los buques de guerra, material sanitario en los buques y enfermeros en la Armada, también tuvo destacada actuación durante la epidemia de fiebre amarilla que asoló a Buenos Aires en 1871 dejando más de 14.000 muertos; la “Comisión Popular de Socorros”, que integró con otros prestigiosos médicos de la ciudad, lo nombró Caballero de la Cruz de Hierro y le otorgó una medalla de oro por su comportamiento. En 1879 se creó el cargo de Cirujano General de la Armada con funciones de Jefe de Personal Médico siendo elegido para el mismo y en 1882, al crearse el cargo de Cirujano Mayor de la Armada y Jefe del Cuerpo de Sanidad, nuevamente recae el nombramiento sobre Pedro Mallo; finalmente, en 1888, es nombrado Inspector General de la Armada, cargo que ocupa hasta su retiro 1896.

En el ámbito académico fue docente de Medicina Legal y en 1876 es elegido como Profesor Sustituto de Higiene Pública y Privada en la Universidad de Buenos Aires. En 1882 es nombrado Catedrático de número de la Academia Nacional de Medicina y, en 1899, es designado Vicedecano de la Facultad de Medicina de la UBA. Fallece en Buenos Aires el 17 de junio de 1899 a los 61 años.

Respecto a sus publicaciones, más allá de sus trabajos sobre medicina militar ya señalados, es uno de los primeros profesionales porteños que se interesan y se ocupan de la historia de la medicina; en efecto, en 1897, a pedido de la Facultad de Medicina, publica una obra titulada: *Historia de la Medicina en el Río de la Plata desde sus orígenes hasta 1822*, la cual se divide en dos partes, la primera (Tomo I), *Páginas de la Historia de la*

Medicina en el Río de la Plata, y la segunda (Tomo II), *Apuntes históricos sobre la viruela, la variolización y la vacuna*; esta última incluye las “*Instrucciones para el uso de la vacuna*” escritas por Miguel O’Gorman ante la llegada de la vacuna antivariólica a Buenos Aires en 1804, recuperadas y valoradas históricamente por Pedro Mallo. Finalmente, en 1898, publica con José Antonio Pillado *Apuntes históricos sobre el Estado Oriental del Uruguay, sus médicos, instituciones de caridad, etc.* Es así el primer autor argentino del siglo XIX que nos deja una obra acerca de la historia de la medicina en el Río de la Plata.

Algo sobre la Enajenación Mental: Consideraciones preliminares

Esta obra se trata de la Tesis de Doctorado de Pedro Mayo presentada, defendida y aprobada en 1864, mismo año de su publicación en la Imprenta de Pablo Coni. La misma consta de 111 páginas y se divide, básicamente, en cinco apartados: *Introducción, Historia, Naturaleza de la locura, El cerebro y Causas de la Enajenación Mental*; hemos centrado esta presentación en fragmentos de los dos primeros apartados ya que en ellos es donde desarrolla los aspectos conceptuales y el contenido cronológico, históricamente situado, del lugar que ocupa la locura en el desarrollo de la cultura occidental desde la antigüedad hasta Pinel y Esquirol, momento casi contemporáneo del autor.

Hay en la Introducción una clara toma de posición respecto a la relevancia del tema abordado: el estudio de las aberraciones mentales es de esencial interés en la historia y, al igual que el campo de la Psicología, que es el estudio del pensamiento humano, corresponde a la medicina ocuparse de ellas. El abordaje metodológico que propone es aquel que trata de “*hallar en el estudio del organismo una explicación de los fenómenos normales y anormales del principio pensante*”, referencias a organismo, cerebro, materialismo y diatribas hacia la filosofía especulativa, colocan a nuestro autor en los inicios del tránsito rioplatense del iluminismo de las luces y la ideología porteña a la presencia del positivismo que inunda el pensamiento francés en la segunda mitad del Siglo XIX impactando con intensidad en la mirada acerca de la locura del naciente alienismo de la época. Con esta impronta inicia su desarrollo histórico en el siguiente apartado haciendo una aclaración respecto al campo de estudio: se trata de un área (la historia de la locura) sobre la cual no hay obras escritas y nos refiere que se verá obligado a explorar documentos esparcidos en multitud de obras, sin embargo llama la atención que, al avanzar en el texto, incluye referencias a pie de página sobre el *Tratado práctico de enfermedades mentales* de Marcé, publicado en París en 1862, el cual consta de un primer capítulo destinado al desarrollo histórico de la psiquiatría desde la antigüedad hasta Pinel y Esquirol.

Estas contradicciones no le quitan valor a esta obra, la primera que trata de la Historia de la Psiquiatría, escrita en el Río de la Plata, por un joven de 27 años que, con ella, pretende completar su formación básica para comenzar el ejercicio de la profesión médica.

Nos llama poderosamente la atención que los tópicos centrales desarrollados en orden cronológico, incluyendo citas de fuentes primarias (en todos los casos tomadas de fuentes secundarias), son prácticamente los mismos que han atravesado todos los libros de historia de la psiquiatría publicados a lo largo del siglo XX; merecería una reflexión más profunda pensar si esto se debe a la vigencia de dichos tópicos o a la imposibilidad de los modelos disciplinares de esa época de ampliar su perspectiva hermenéutica.

Ahora solo esperamos que estos comentarios introductorios estimulen al lector a adentrarse en la lectura de este joven autor que, en 1864, fue el primero en abordar una temática que será extensamente recorrida por diferentes tradiciones culturales argentinas desde finales del siglo XIX en adelante.

Algo sobre la enajenación mental (1864)¹

Pedro Mallo

Introducción

El estudio de las aberraciones y desórdenes de la inteligencia es uno de los puntos más importantes, difíciles y extensos de la historia del hombre y de los que más interesan a la humanidad.

¡En verdad! Es un gran campo, cuyo límite, cuyo horizonte, se confunde con los horizontes y límites de la imaginación atrevida, sublime y fantástica; en que sabios, poco versados en el estudio del hombre, han perdidose apenas escrita la primera página, por falta de una bases, de un punto de apoyo, para resistir el embate de los hechos, que solo piden su participación, un rango entre sus filas. Lejos de ser los hechos enemigos de doctrinas y teorías, son su base, su apoyo, su sustento.

(...)

Si el descrédito en que ha caído la ciencia filosófica ocupada de puras abstracciones, de puras especulaciones y la especie de escolasticismo de que se halla revestida, no hubieran llamado desde fines del siglo anterior la atención de los médicos observadores y analíticos, sobre estas mismas abstracciones desprovistas de toda utilidad científica y social, lo habrían hecho hoy, en que la Biología y la Antropología, agitados, puestas a la orden del día en las principales escuelas médicas, forman la vanguardia de una gran revolución médica y requieren un conocimiento psíquico basado en hechos y no abstracciones ontológicas como las de los filósofos modernos.

Pesaba antes de ahora sobre el médico dedicado a estos estudios, a menos de admitir íntegramente el ideologismo filosófico propuesto por ellos, un espantoso anatema, el de materialista; aun hoy, no perdonan ocasión de lanzar sus fulminantes invectivas sobre los que tratan de hallar en el estudio del organismo una explicación de los fenómenos normales y anormales del principio pensante.

Desde el origen de las ciencias, desde sus tiempos fabulosos, hay una lucha tenaz, obstinada, entre médicos y filósofos y filósofos entre sí. El materialismo y el espiritualismo abrieron un palenque, donde las inteligencias privilegiadas de las edades sucesivas, han

ido unas tras otras presentándose a sostener los principios que preclaros ingenios promulgaron. Palenque inmenso en que ninguna voz se pierde, si no logran resonar en el instante mismo del uno al otro extremo, el tiempo se encarga de transmitir por los ámbitos del mundo, el último eco, la última expresión, ahogada a veces por el tumulto de encontradas pasiones, creencias y principios.

(...)

Siendo la Psicología el estudio del pensamiento humano, a ninguna ciencia le cabe el derecho de estudiarla con más razón y conservarla entre sus ramas que a la medicina, que tiene el indisputable y exclusivo atributo de estudiarla en sus aberraciones y desórdenes.

Echando una rápida ojeada sobre la historia de la locura, nos convenceremos de lo estéril, infructuoso y perjudicial que han sido para este azote de la inteligencia, las creencias filosóficas absolutistas que reinaban hasta principios de este siglo o fines del pasado, en que Pinel inició una nueva época fecunda para la ciencia.

(...)

I. Historia

La gloria inmortal de Pinel, la de Esquirol y sus discípulos, es haber sido iniciador él y ellos los continuadores de la gran reforma, es haber mostrado, en medio de la gran revolución francesa que había seres injustamente para siempre desterrados de la sociedad, que eran la escoria, el escarnio, la irrisión, la burla de la misma sociedad, que tan alto ponía los derechos individuales; es haber pedido, en medio de ese colosal trastorno, volvieran a la vida, fueran rotas sus inmundas y lóbregas prisiones, rotas sus cadenas y considerados como enfermos, como seres que sufrían.

Fue entonces que la historia de la locura adelantó algunas páginas. Antes no existía sino el nombre y por debajo errores y quimeras, herencia de las épocas de fanatismo, de oscurantismo e ignorancia por las que la humanidad ha cruzado con tardío paso.

1. Biblioteca Central, Facultad de Medicina, Universidad de Buenos Aires. Selección de fragmentos y notas, Norberto Aldo Conti.

La historia de la enajenación mental abraza desde la cuna de la sociedad humana hasta nuestros días, y solo desde Pinel, Esquirol y sus discípulos forma un cuerpo, una parte complementaria y necesaria de su estudio; pero, de que no poseemos trabajos que la abrace, o por lo menos no conocemos libro alguno que se ocupe debidamente de ella.

Es sirviéndonos de los documentos esparcidos en multitud de obras que vamos a trazar un resumen aunque incompleto de ella.

Antes de la reforma, eran los locos objetos de terror, de risa, de diversión, cuando su locura no les llevaba morir en medio de una hoguera, condenados por jueces o sacerdotes indignos, o iban a vegetar tristemente, cargados de esposas y de cadenas, a alguna húmeda, oscura e infecta mazmorra, hasta llegar el momento favorable para constituir un ejemplar auto de fe ...

Dominadas las ciencias en su principio por las falsas creencias que han venido modificándose sucesivamente por las ideas predominantes que de siglo en siglo aparecían, hallamos en la historia de esta afección, en que se halla retratada la marcha de la humanidad, las más raras y extravagantes concepciones de la imaginación, que parece se esforzó, no pudiendo explicarla, en atribuirle a seres o cosas incomprensibles, impalpables, creaciones fantásticas y lúgubres de que poblaron los aires, bosques, selvas, antros, montes, fuego, cataratas, volcanes hasta el último rincón del Universo.

Vamos, a pesar de cuanto pudiera oponérsenos, a dar una somera mirada por su cuna y presentarla a través de los siglos con sus horrores y defectos, con su marcha incierta y variable, como la marcha del espíritu humano, cuyas huellas ha seguido; esto no es solo curioso, fuera de lo atractivo de este género de estudios, la historia comporta una ilustración real, porque los problemas, que en todo tiempo han suscitado controversias, el análisis de las opiniones, constituye una parte importante de la ciencia misma. Sirve para resolver las espinosas cuestiones, para valorar las doctrinas, instruir, enseñar a evitar los errores e ilusiones que hacen mirar las disfrazadas doctrinas como nuevas, originales, siendo antiguas, olvidadas: *nihil novum sub sole!*,² en el terreno de las doctrinas médicas, es cosa cierta.

En unos países de la antigüedad imperaban los genios, las hadas, Némesis y sus furias, los espíritus en otros, el enojo y la venganza de los Dioses del gentil, sus castigos. Los genios y espíritus eran buenos los unos,

malos, protervos, los otros; los buenos, como buenos olvidados, eran fatal y necesariamente propicios; los genios del mal, espíritus, hadas, tragos, brujas; tenían altares los genios que levantaban tempestades, acarrearban enfermedades y turbaban la razón; las hadas tenían dádivas, sacrificios y ofrendas, brujas y duendes; aun se hallan ejemplos de ellos, dicen, en Benguela, Congo y Angola, en la Arabia y en nuestras Pampas.

No podemos decir que las modernas sociedades están libres, curadas de la tendencia a atribuir la locura a causas sobrenaturales, el magnetismo, la electricidad, el diablo, daño o gualicho, duendes, fantasmas, brujas, etc., no solo han sido creencias del populacho, pues la alta sociedad las cree.

(...)

Imposible es remontarse, en el estudio de la locura, más allá de Hipócrates, todo es vago y oscuro en la lejana cuna de la medicina; los datos, los escritos más antiguos que tenemos, son los del médico de Cos y solo podemos nombrar Cnido su rival; aunque el Egipto y Grecia tenían antes de él escuelas célebres, no han sido sus escritos transmitidos a la posteridad.

Hipócrates (460 años antes de J.C.), descendiente de Esculapio, contemporáneo de Sócrates y Platón, nació en Cos, en la época más floreciente de Atenas, en que Pericles presidía sus destinos; andaba al principio de pueblo en pueblo ejerciendo a pie su profesión (peridonto)³.

Recorrió la Libia, la Tesalia, estuvo en Macedonia y entre Escitas.

En Macedonia curó a Perdicas II de una melancolía amorosa; curó en otros puntos a un Timócrates y un Nicanor. Los abderitanos le llamaron para que examinase a Demócrito a quien creían loco, y dio el primer informe médico que los fastos recuerdan, con estas sencillas palabras: "Ciudadanos, ese a quien creéis loco es el hombre más sabio que conozco". Cuando fue Hipócrates a verlo en medio de un bosque en que vivía, le encontró buscando en el cerebro de los animales que mataba el asiento de la bilis, que producía la locura.

Sócrates, Platón, Anaxágoras, Empédocles e Hipócrates tenían casi las mismas ideas sobre la locura, considerábanla como una enfermedad orgánica, ya primitiva, teniendo su asiento y causa directa en el encéfalo, ya secundaria, simpática, resultado de una alteración de los órganos situados debajo del diafragma.

2. Nada nuevo bajo el sol.

3. Médico ambulante. Práctica corriente en la antigüedad.

Dividió los delirios Sócrates en dos clases, causado el uno por la enfermedad humana y el otro por la inspiración que era subdividido en cuatro: el delirio de los profetas, referido a Apolo, el de los iniciados a Baco, el de los poetas a las Musas y el de los amantes a Venus. El delirio de las enfermedades humanas atribuíanlo Hipócrates y Platón a los humores (pituitas, agrias, saladas y humores amargos y biliosos) que iban a turbar alguna de las tres almas que admitían, arrastrándola a desórdenes, desquiciándola.

Aire, para Diógenes de Apolonia, el alma, según la presión que sufría, producía pensamientos razonables o ideas incoherentes, desordenadas, locas; para Heráclito, el alma era fuego, que cuanto más seco estaba, más docta era, la humedad engendraba la estupidez y la locura. Hipócrates, por su doctrina de la cocción, se asemeja a Heráclito.

La escuela de Cnido, rival de la de Cos, seguía una marcha y principios inversos. Carecemos de datos para extendernos sobre esto, pero un añejo dicho lo autoriza "Pronosticador el discípulo de Cos, volvíase diagnosticador en Cnido".

Dividió las vesanias Hipócrates en Phrenitis (delirio agudo), Manía y Melancolía, que han sido durante muchos siglos la única clasificación conocida.

En sus obras se encuentran sabios preceptos e indicaciones terapéuticas y pronósticos que han cruzado generaciones y épocas, respetados y admirados. Hoy mismo muchos médicos se inspiran en los aforismos del padre de la medicina, del anciano de Cos.

Desde Hipócrates no encontramos hasta Asclepiades (80 años antes J.C.) ningún médico que haya traído a la Patología mental, más contingente que las doctrinas hipocráticas. Asclepiades daba por asiento a la enajenación mental los órganos de los sentidos y la dividía en idiopática y sintomática, las descripciones que da en sus obras de las formas de la locura son más completas que las de Hipócrates.

Celso (5 años después J.C.) en su obra "de Remédica", no deja de ocuparse de la locura, aunque siguiendo en todo la escuela de Hipócrates, extendió el campo terapéutico e higiénico de las vesanias y dio buenas descripciones de la melancolía y alucinaciones que terminaban en la locura o de que eran la primera manifestación, describió cuidadosamente las alucinaciones de la vista, del oído, del gusto y tacto, que aunque dependientes de distintas afecciones, reunió entre los síntomas y causas de la pérdida de la razón.

Areteo de Capadocia (81 años después J.C.) distinguía una locura primitiva, resultado de una alteración del cerebro y una locura simpática que atribuía a la bilis, sus datos más precisos, más completos, exactos y generales que los de sus antecesores. Definió la melancolía: *animi angor in una cogitatione defixus, absque febre*,⁴ definición que ha servido de base a la de Esquirol para la Lipemanía. Conoció Areteo la demencia senil que describió, separó la excitación maniaca del delirio febril y del producido por el beleño y belladona, indicó las alucinaciones como signo patognómico de la locura.

Calificó de locos a los Sacerdotes de Cibeles, que se mutilaban para hacerse agradables a los Dioses; que, cuando pálidos, macilentos y extenuados por los sufrimientos y dolores, se creían iniciados en los altos decretos de los Dioses. El estado mental de los epilépticos y su estado convulsivo fue con vigor y veracidad descrito, aunque ya Hipócrates en su obra De morbo sacro había demostrado la ninguna participación de la divinidad. Era como Diógenes de Apollonia, neumatista.

Viene por el orden, Galeno (131 años después de J.C.) que distinguió la locura que emanaba del cerebro de la que dependía de la lesión de otro órgano corporal; Galeno, que ejerció una influencia tan grande en la marcha de la medicina... reunió los sistemas de sus predecesores, etc.

Sus conocimientos en Fisiología superiores a los de ellos, parecen difícilmente conciliarse con sus ideas teóricas. Un alma racional en el cerebro y otra irracional, las vísceras encargadas de las sensaciones, un espíritu animal en el cerebro, el espíritu vital en el corazón, la cocción o lo frío y lo caliente, lo seco y húmedo; tal era el amalgama que de las doctrinas y teorías había hecho; la melancolía proviene del humor pecante del hígado, la demencia de la abolición de los espíritus animales, la imbecilidad de su debilidad, de su perversión la manía.

Parece indudable que vio muy pocos enajenados y es en vano buscar en él alguna indicación práctica sobre este punto de patología.

Hacia fines de esta misma época, Coelio Aureliano (230 años después J.C.) o Sorano, cuyas opiniones tradujo y comentó, designa con el nombre de "frenesí" las afecciones agudas con delirio que como Demetrio definió: "un violento delirio con fiebre"; tenía por asiento la cabeza y trató de diferenciarlo de la locura; "en el frenesí, la fiebre precede al delirio, en la enajenación, el desorden intelectual a la fiebre; el pulso pequeño y frecuente en los frenéticos es grande en los maníacos".

4. Dolor anímico en un pensamiento depresivo, sin fiebre

Dio una buena descripción de la manía. La locura era debida a una enfermedad del cerebro o de sus cubiertas. Es sobre el tratamiento sobre todo que se extiende e indica el mayor número de los medios de que aún nos valemos, las ventosas, sangrías, baños, purgantes, etc., y el método que con los furiosos debe observarse; su frase: *Facilius fit oegros ministrantium manibus quam inertibus vinculis retinere*⁵, parece contener todo el método del no-restraint, que el Dr. Conolly se ha atribuido en estos últimos tiempos en Inglaterra y ha puesto en práctica con tan buen resultado. Pinel y Esquirol tendían en su tiempo a hacerle admitir.

Esta frase además de Coelio Aureliano contrasta con esta cruel de Celso: *Ubi perperam aliquid dixit aut fecit, fame, vinculis, plagis coercendus est*⁶.

Pablo de Egina (634 años después J.C.) es el único que después de Coelius Aurelianus y Galeno encontramos en el terreno médico y con tan escasa importancia sus escritos sobre esta parte de la medicina, que solo por haber trasmitídonos los escritos de sus antecesores merece nombrarse. Tras de él, la ignorancia y la barbarie invadieron las partes de la superficie más florecientes y la ciencia quedó muda, como autómatas, repitiendo los aforismos de Hipócrates, las doctrinas de Galeno, Celso y Coelio Aureliano.

Los Árabes, que forman en la mayor parte de las ciencias, en la civilización, una transición fecunda, de Griegos y Latinos, con la edad media, nada de nuevo nos dicen sobre Patología mental

Avicena, Averrhoës, Razes y otros que florecieron en medio del gran cataclismo de esa época de luto, en que desbordados los bárbaros, fueron a sentar sus reales en el centro de la civilización, que huyó aterrorizada al sentir sus alaridos precursores del botín y la matanza, nada más en general hicieron que conservar y transmitir los principios de Hipócrates, Galeno y Coelio Aureliano.

Las incompletas tradiciones que escaparon al flagelo, las ideas teológicas que trajeron, los usos, las costumbres, las creencias que resultaron de la unión de pueblos tan opuestos por sus dogmas, hicieron que la imaginación ardiente de los hijos del desierto se exaltara y trocaran sus principios, su religión y sus leyes, en un conjunto incomprensible de mitos, fábulas y errores, en medio de los cuales ni sistema, ni doctrinas, era fácil reconocer.

Juan de Wyer fue el primero que se levantó contra ellos en su obra: *De Prestigiis Demonum*. Schenk,

Ambrosio Pareo, Nider participaron en parte de la reforma de Wyer, que Alsiat, Leloyer y Montaigne secundaron con vigor, a la par que Bacon, Descartes, Pascal, Leibnitz, y Newton abrían un nuevo sendero al espíritu humano, por el cual empezó a hacer marchar la pesada máquina de sus creencias y dogmas.

Baillou, Plater, Silvio, Lepois, Sennert, Bonet, Morgagni, Willis, Vieussens, Sydenham, Boerhaave y Van Swieten, Sauvages, y Lorry, hicieron dar grandes pasos a la Patología mental, desterraron las necias preocupaciones de sus tiempos, clasificaron y distinguieron diversas formas mentales de enajenación, describieron cada una de ellas con tan prolija exactitud, que aun hoy son miradas en la ciencia con respeto, y sirvieron de base a Pinel para su clasificación, y a Esquirol con sus respectivos discípulos.

(...)

Algunas naciones, es verdad, han tenido en medio de esos períodos de disolución el mérito incontestable de haber hecho asilos para esos desheredados; pero el objeto principal de ellos no era la caridad, sino la seguridad social quien los había dictado.

Según León el Africano, dice el Doctor Berthier, existía en Fez, del imperio de Marruecos, en el VII siglo, un edificio, en que yacían los locos cargados de cadenas. El Moristan, en el Cairo, remonta al año 1304. En Constantinopla, en la Stambul mahometana, en el hospital general, hay un departamento cuya primera piedra fue colocada hacen tres siglos por Madmoud; y si se quiere, la Colonia de Gheel, sitio de peregrinación de los locos de media Europa, que van allí a recobrar la razón, cuenta más de tres siglos de existencia.

La España e Italia tomaron también la iniciativa; en Valencia en 1309, a pedido de Gilberto (Mercedario) se construyó uno, Zaragoza en 1425 construyó otro, en 1436 Sevilla, y en 1438 vio Toledo construir el suyo.

Amadeo IX de Saboya, nieto de un papa francés, fuere por simpatía o caridad, hizo construir en Ginebra un edificio para la cura de un mal, que de él se veía atacado; un siglo más tarde Enrique VII construyó en Londres a Bedlam, en que se traficaba con el furor y lubricidad de los huéspedes. ¡Inmundas y asquerosas escenas!

Los que quieran tener una idea más exacta sobre el estado de la enajenación mental, a principios de este

⁵Más fácil es retener a los enfermos con las manos de los cuidadores que con cadenas inertes.

⁶Cuando dijo o hizo algo mal por descuido o por error debe ser contenido con golpes, con hambre y con cadenas.

siglo, que ha secundado tan ampliamente los deseos, miras y necesidades de una ilustración más sólida y filantrópica, no tienen más que ver lo que dicen Pinel, Esquirol, Georget, Guislain, Ferrus, Falret, Marsé, y la historia que publica en la actualidad Mr. Semelaigne; para nosotros bastan estas sencillas transcripciones que acabamos de hacer; creemos penetrados todos los corazones de la filantropía que rebosaba en el corazón de Pinel y sus sucesores, para intercalar aquí páginas de conmovedoras escenas.

(...)

II. Historia de la enajenación mental, desde Pinel y Esquirol hasta nuestros días

Locke y Condillac habían absorbido el mundo filosófico cuando apareció Pinel; embebido en su filosofía sensualista y en el racionalismo de Bacon, se atuvo a la observación y experiencia. Poco inclinado a localizar por sus ideas filosóficas la mira, sin embargo, en muchos puntos, como más adelante veremos, como un resultado de lesión orgánica, sin por eso determinar una parte como constante asiento de la lesión; aunque en algún pasaje de sus obras se inclina a mirar el desorden del entendimiento, como consecuencia de una lesión visceral estomacal.

Entregado a la observación, rechazó toda teoría, aconsejando, si se quiere deducir algo en armonía con los sistemas filosóficos, el detenido y maduro examen de las doctrinas de los filósofos precitados y la reunión de un gran número de hechos. Creemos como él, que en su época era imposible, por la deficiencia de los hechos, por lo erróneas de las doctrinas bajo cuya influencia se habían recogido las observaciones, el sujetarlas a una doctrina o deducirla de ellas.

Fue para Pinel esta sana creencia una cortapisa, una barrera que le salvó e hizo avanzar en el camino poco trillado de la experiencia; es imposible generalización, inducción, cuando los hechos que nos han de servir para ello son deficientes.

Pero, a menos de ser un espectador impasible, en medio de tanta calamidad y desgracia, es imposible dejar de seguir un tratamiento, y no hay tratamiento sin fin sin objeto terapéutico y no hay terapéutica donde no hay sistemas, teorías, creencias o doctrinas.

Para Pinel como Esquirol, era el entrar a averiguar las causas morales de la locura, analizar los fenómenos mentales, los desórdenes del entendimiento, perderse

en puras abstracciones, desnudas de interés, cuando como reformadores tenían un mundo que dirigir y no al acaso, sino a la verdadera senda a la experiencia; tenían que comunicarle el movimiento, el impulso que habían iniciado, terminar su obra, mejorando la triste condición, médica y social del enajenado.

Como hemos tenido que ocuparnos tanto de él en el transcurso de esta historia, diremos terminando cuanto sobre él debíamos que dejó descripciones brillantes y animadas, observaciones llenas de interés. Su obra es más bien un tratado de policía interior de un establecimiento, es un conjunto de reglas que deben en ellas observarse y principios generales de tratamiento.

Desechando los odiosos tratamientos que se usaban, rompiendo las cadenas que las aprisionaban arrebatando a la justicia centenares de desgraciados botados a una muerte injusta; en medio del movimiento social que en toda Francia se pronunciaba, invocó las leyes de la caridad y humanidad en favor de los enajenados e hizo surgir el tratamiento moral, consecuencia de la causa más común entonces de la locura, la irrupción de las ideas republicanas, democráticas y sociales, de libertad, igualdad, fraternidad.

El tacto exquisito de Esquirol, de natural amable y benévolo, su desinterés sin límites, su dedicación constante y vastos conocimientos, hicieron que su influencia ultrapasara la Francia.

Los numerosos discípulos que tuvo, diseminados por toda Europa, en que provocaban iguales reformas, han hecho su nombre inmortal y las edades venideras podrán admirar en Charenton la obra de cincel de Arman Toussaint⁷.

Completo Esquirol, la obra de Pinel, el giro que hizo tomar a la patología mental aun persiste; al principiar su carrera tomó las pasiones por base de su estudio, pero abandonando bien pronto toda preocupación sistemática, se limitó al examen y deslinde de las formas que, con más sagacidad y conocimiento que Pinel, subdividió, sin confundir como él, la demencia, el idiotismo, el cretinismo y estupor melancólico. Pinel fue el iniciador, el promotor de la gran reforma; Esquirol el alma, la fuerza directriz, el creador de la Patología mental.

Sus obras son un manantial inagotable de profundos conocimientos prácticos, de ideas caritativas, páginas conmovedoras y llenas de encanto, en que su espíritu sobrenada, atrae y cautiva; sus obras son el traslado de su alma.

7. Arman Toussaint (1806-1862), escultor francés, autor de "Esquirol protegiendo un alienado", grupo escultórico terminado en 1861 en el Asilo de Charenton.

Miró, al principiar su carrera, como de origen puramente moral la locura, y aunque no se inclina en sus obras a sistema ninguno, reconoce en la imbecilidad, en la idiocia, la causa orgánica, como la exclusiva de su estado y no desconocía que en todas las formas de vesanias, hay desórdenes materiales que aun ignora la ciencia cómo apreciar.

Sus obras fueron el punto de partida, el origen de todas las doctrinas y sistemas. Hasta entonces hubo un prolongado silencio en que todos, como paladines que esperan el instante del combate, no hacían sino aprestar sus armas, aguzarlas para la lucha; llegó el momento y se precipitaron, cada cual arrancó una hoja, cortó una flor cuya perfumada y seductor aroma les embargó... y hételos en medio de las teorías.

Sucedió con Esquirol en Patología mental lo que con Hipócrates en medicina: todos los citan en apoyo de sus doctrinas y en todas partes ven triunfante su principio, su opinión robustecida, no se les oponen argumentos, el campo es de ellos, suya es la gloria.

Partiendo de Esquirol no hallamos ya sino sistemáticos, pocos son los que como Parchappe, Marcé, Guislain, etc., abandonan el campo de la discordia y se atienen a la observación.

Debemos, pero solo de paso, recordar a Royer Collard, cuya vida política agitada y muerte prematura sienta la ciencia.

Royer Collard era médico de Charenton y se ocupaba en los últimos años de su vida en preparar un curso filosófico sobre la enajenación mental y era secundado en los esfuerzos por el más profundo filósofo de los tiempos modernos, por Maine de Biran.

Por sus observaciones a uno de los más importantes trabajos de M. de Biran, de que ha podido disponer el Dr. Mata y que tanto le han servido para combatir las doctrinas filosóficas reinantes sobre enajenación mental, se echa de ver que era organicista e iba a considerar la locura bajo su verdadero punto de vista.

Así que espiró Esquirol, cada uno de sus discípulos levantó un sedicioso estandarte que aun flamean y

harán difícil el reconocimiento del error que sostienen por el encono y preocupación con que se miran los unos a los otros. De ahí dimana que Heinroth, Georget, Morel, Leuret, Michea, Ideler, Combes, Calmeil, Ferrus, Falret Briérre de Boismont, Lelut, Baillarger, Delasiauve, Moreau (de Tours), M. M. Pinel, etc., han tomado una facultad, un síntoma, un signo, doctrinas y sistemas opuestos, para explicar los desórdenes intelectuales. Unos atribuyéndolos a los órganos, otros al alma, estos acusan a la irritación, aquellos los miran como resultados de diversas alteraciones patológicas sin ninguna conexión fisiológica, acusan los unos a la sangre y humores, para otros es la razón fruto de la buena educación; y en cuanto a su terapéutica, sangran unos, administran el calomelanos y purgan otros, unos debilitan, otros tonifican, aquellos opio, estramonio, belladona y haschisch dan, otros esperan, con los brazos cruzados, que vuelva la razón.

(...)

En el estado actual de la medicina se precisan muchas bases, muchos puntales para esta que no sea juguete de los vientos: elementos, dogmas, sistemas, teorías y doctrinas tan heterogéneas como han reinado han legado una mala simiente; extendida sobre la superficie, que ha penetrado en la conciencia del vulgo y se ha arraigado, nacieron en tiempos remotos, para explicar un hecho y hoy que la ciencia ha adelantado, no las podemos desprender, y el camino está erizado, intransitable.

Los antiguos para explicar la existencia en medio a la inmensidad del globo terrestre, supusieron un coloso, un gigante sujetándole en sus hombros; la medicina su arquitectonía, vacilaría sobre una sola base, precisa muchos Atlante, pues quien en sus robustos hombros podía soportar un mundo en giro sempiterno, sería muerto, por la insuperable pesadumbre de la ciencia de Hipócrates.